EL TEATRO.
COLECCION DE OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS.

HELIODORA

Ó

EL AMOR ENAMORADO.

ZARZUELA EN TRES ACTOS, EN VERSO Y PROSA,

DE

DON JUAN EUGENIO HARTZENBUCH,

MÚSICA DEL MAESTRO

DON EMILIO ARRIETA.

MADRID.
HIJOS DE A. GULLON, EDITORES.
OFICINAS: POZAS—2—2.°

1880.

AUMENTO Á LA ADICION DE 1.° DE MARZO DE 1880

TÍTULOS.	Actos.	AUTORES.	Prop. qu[e] correspond[e]
		COMEDIAS.	
Cambio de papeles	1	D. José María Rincon	Todo.
Don Ramon y Don Julian	1	R. G. Santisteban	»
El nacimiento de Tirso	1	F. Flores García	»
Escurrir el bulto	1	Miguel Echegaray	»
Fieras domestica amor	1	Enrique Zumel	»
Hasta mañana	1	Ceferino Palencia	»
La vision de Fray Martin	1	G. Nuñez de Arce	»
Por un ángel	1	E. Jáckson Cortés	»
Por fin atrapé un marido	1	Guillermo G. Nieto	»
Salir de Málaga	1	José de Fuentes	Mitad
Seguros contra incendios	1	Gaspar Marqués	»
Un buen apunte	1	Eduardo Malvar	Todo
Último adios	1	Eusebio Blasco	»
Yo me entiendo y bailo solo	1	Juan García	»
El regalo de boda	2	Sres. Eduardo y José Jackson	»
Por fuera y por dentro	2	D. Miguel Echegaray	»
Tribunales de venganza	2	D.ª R. de A. de Laiglesia	»
Administracion pública	3	D. Enrique Gaspar	»
Angel	3	F. Javier Santero	»
Carrera de obstáculos	3	Ceferino Palencia	»
¡Dios! ¡Justicia! y ¡Germanía!	3	Eduardo Sojo	»
El cuchillo de plata	3	Vidaf V. y Roca	»
El tonto de Panerot	3	Antonio Roig	»
La fuerza de un niño	3	Miguel Echegaray	»
Mendoza y Compañía	3	Sres. Navarro y Dalmau	»

HELIODORA

ó

EL AMOR ENAMORADO.

Con el título de *El Amor Enamorado,* y calificada de *zarzuela mitológico-burlesca,* publicó su autor esta obra el año 1864 entre la coleccion de opúsculos y artículos que llamó *obras de encargo.* Para su más fácil representacion la repasó posteriormente, abreviándola en lo general, enmendando algunas frases y palabras, confirmándola con el nombre de HELIODORA, y sustituyendo unos cantos á otros, como en la primera escena del primer acto. La presente edicion corresponde exactamente á la corregida; lo cual se advierte á quien trate de comparar ésta y aquella, para que entienda que ambas son igualmente auténticas en todas sus diferencias y variantes.

HELIODORA

Ó

EL AMOR ENAMORADO.

ZARZUELA EN TRES ACTOS EN VERSO Y PROSA,

DE

DON JUAN EUGENIO HARTZENBUSCH,

MÚSICA DEL MAESTRO

DON EMILIO ARRIETA.

Representada por primera vez en el Teatro de APOLO el 28 de Setiembre de 1880.

MADRID.

IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ.—CALVARIO, 18.

1880.

PERSONAJES.	ACTORES.
SÍQUIS ó HELIODORA	SRA. CORTÉS DE PEDRULL.
CUPIDO	SRTA. NADAL.
VÉNUS	SRTA. GONZALEZ.
LA MUERTE	SRA. RODRIGUEZ.
DÓRIDA	SRA. BAEZA.
ARISTEO	SR. FERRER.
TELEFRON	SR. TORMO.
SATURNO	SR. BANQUELLS.
PLUTON	SR. MORON.
LICANDRO	SR. MORA.

Esta obra ha sido dirigida por D. DIEGO LUQUE.

Las decoraciones han sido pintadas por los SRES. BUSATO y BONARDI.

El atrezzo es obra del SR. BUENO.

La maquinaria ha sido dirigida por el SR. CHARAMELLI.

Y la sastrería ha estado á cargo de la casa SEGARRA É HIJA.

ACTO PRIMERO.

Plaza del puerto de Gnoso, en Creta, con muelle y mar en el fondo. En el proscenio, á un lado, una estátua de Síquis ó Heliodora.

ESCENA PRIMERA.

PUEBLO CRETENSE, contemplando la efigie de Síquis. Van sucesivamente acercándose á la estátua varios grupos de HOMBRES, MUJERES y NIÑOS.

MUSICA.

CORO. (Leyendo la inscripcion grabada en el pedestal de la estátua que dice: «Á SÍQUIS HELIODORA, LA GRATITUD DE SU PUEBLO.)

Mirad la bella imágen
de Síquis Heliodora,
de Creta bienhechora,
prodigio de virtud!
Su pueblo viene en grupos
de clase humilde y rica,
y ofrendas le dedica
de tierna gratitud.

(Se adelantan hácia la estátua un grupo de labradores, etc., trayendo en las manos guirnaldas de rosas y coronas de espigas.)

LABRADORES. Del campo que riega sudosa la frente,
guirnaldas y espigas, humilde presente,
le ofrece á su señora el rudo labrador.

(Cuelgan las flores y las espigas en el pedestal de la estátua.)

PESCADORES. Atados con ovas, marinos despojos,
corales y nácar, lucientes y rojos,
le ofrece á su señora el ágil pescador.

(Cuelgan unas sartas de conchas y corales.)

MERCADERES. En urna labrada
por mano distante,

(Con un vaso grande de plata.)

perfumes de Oriente
la plebe mercante
le ofrece á su señora
en muestra de su fé.

(Dejan el vaso, y se acerca un grupo de soldados con un trofeo.)

SOLDADOS. Las armas que trajo
la hueste de Quío,
rendidas á Creta,
lidiando con brío,
le ofrece á su señora
quien brazo suyo fué.

(Colocan el trofeo al pié de la estátua.)

OTRO GRUPO DE ANCIANOS, ETC.

Las vidas, princesa,
con gozo te damos;
cercando tu efigie
la tierra besamos.
El cielo en tí derrame
venturas mil y mil.

LOS CINCO GRUPOS. Las vidas, princesa,
con gozo te damos;
cercando tu efigie
la tierra besamos.
El cielo en tí derrame
venturas mil y mil!

ESCENA II.

DICHOS, ARISTEO, con una vara de aguijar.

ARISTEO. Pueblo fiel, que á tu princesa
rindes hoy este homenaje,
no desoigas el lenguaje
que me inspira mi razon.
Labrador, celoso arranco
de mis tierras la cizaña;
cuanto al bien del hombre daña
lo persigo con teson.

CORO. Sano juicio le acompaña.
Prevengamos atencion.

ARISTEO. Culto dais á la hermosura,
y es tenida por su diosa
la que fué liviana esposa,
y es del cielo deshonor.
De esa Vénus libertina
rechazad el aliciente;
su belleza de serpiente
no se mire sin horror.

CORO. Es muy linda la serpiente
para verla con horror.

ARISTEO. Heliodora, como Vénus,
es portento de beldad.

CORO. Eso es verdad!

ARISTEO. Cual Diana cazadora,
casta y pura es Heliodora,
sin su ceño y su desden.

CORO. Verdad tambien.

ARISTEO. Heliodora, como Astrea,
imparcial y recta en juicio,
de la ley el ejercicio
templa y mide con piedad.

CORO. Todo es verdad!

ARISTEO. Mujer de prendas
en grado tal,
mejor que Vénus
merece altar.
Yo corro al templo
de esa deidad:
quiero su estátua
despedazar.
Ésta, cretenses,
que vale más.
Ésta pongamos
en su lugar.

UNOS. Sí, traslidémosla.

OTROS. No, no: parad.
Vénus es diosa.

ARISTEO y UNOS. Diosa de mal;
brinque del ara,
tráguela el mar,
de él ha salido,
vuélvase allá.

Los 2.os Quietos!

Los 1.o Partamos.

Los 2.os Ántes mirad...

ARISTEO y LOS 1.os Síquis al templo,
Vénus al mar!

ESCENA III.

DICHOS y TELEFRON.

HABLADO.

TELEF. Cretenses, ¿qué escándalo armais á dos pasos del templo, casi á las puertas del real palacio! Y tú, Aristeo, ¿crees que por ser el ricacho de Creta, porque siem-

bras de trigo la mayor parte de su terreno, puedes sembrar impunemente aquí tus especiotas abominables? ¡Vaya! «¡Síquis al templo, Vénus al mar!» La princesa, cuyo nombre oficial, no es el de Síquis, si no el de Heliodora, ya sabe cuándo se celebran los sacrificios, y la diosa á quien sirvo, no necesita que se le anuncie la hora del baño. Á ver si te vas á cuidar tus yuntas.

CRET. 1.° ¿Quién es ese?

IDEM 2.° ¿No lo estás viendo? Un jorobado!

TELEF. Soy Telefron, el custodio purificador del santuario de Vénus, el jerofílace, vulgo sacristan.

ARISTEO. El barrendero. Sirviente dignísimo de la diosa. Dí á estos ciudadanos quién fué tu padre.

TELEF. No lo sé.

ARISTEO. ¿Y tu madre?

TELEF. No lo quiero decir!

ARISTEO. Ved ahí la cosecha que produce ese culto. Y cuidado, que la familia ésta, de procedencia incógnita, ha cundido más que las malvas y las ortigas. ¿Dónde están los sacrificadores, tus jefes?

TELEF. Han salido á pesca de doradillas; hay vacaciones.

ARISTEO. ¡Vacaciones! Á ellos y á tí se os conceden perpétuas. Hoy acaba el culto de Vénus y las tareas de sus ministros.

TELEF. ¡Qué impiedad! ¡Qué horrible *sacrivenerilegio*! ¿No temeis la cólera de Citerea?

ARISTEO. Más es de temer su favor. No queremos adorar á quien da mal ejemplo!

TELEF. Yo, en nombre de la divinidad á quien ofendeis, amenazo á los habitantes de Gnoso con todos los rigores de la desgracia: guerra, peste, hambre, amigos tontos y amigas astutas.

ARISTEO. Yo te prometo, en cambio, una zurra en liso por tu amor á tu ama. Ciudadanos de Gnoso, azotemos á Telefron si rehusa él azotar la estátua de Vénus.

PUEBLO. Sí, duro en el barrendero. (Desatándose algunos los cintos.)

TELEF. ¡Guardas de la ciudad, socorro! ¡favor! ¡Vengan lanzas contra correas! ¡favor!

ESCENA IV.

DICHOS, el REY LICANDRO, GUARDIAS y ACOMPAÑAMIENTO.

LICAND. ¿Qué pasa aquí?

TELEF. ¡Oh, mi buen Rey! Vénus te ha encaminado al foro tan oportunamente. Mi rey, estos descreidos, Aristeo á la cabeza de todos, atropellaban mi carácter sagrado. Estos iconoclastas quieren ultrajar el simulacro de Vénus.

LICAND. Sí, queremos poner en su lugar éste de tu hija Heliodora.

LICAND. No, hijos mios; no penseis tal; respetad á Vénus y á todos los dioses de cielo, aire, tierra y abismos, con el respeto que les guarda vuestra religiosa princesa. Algun daño padece ya, nacido seguramente de vuestro amor desalumbrado; no querais hacerle mayor; no querais atraer infortunios á la próspera Creta.

ARISTEO. ¿Qué daño puede producir á una reina el encendido amor de su pueblo? Si fuera el odio...

LICAND. Hijos, viéndolo estais; pasan los años, la princesa es núbil tiempo há, y ningun príncipe de las islas próximas, ni distantes, me pide su mano. Por vuestro cariño hácia ella rehusais á Vénus los obsequios debidos; Grecia toda lo sabe, y nadie osa compartir la suerte que, sin imaginarlo, preparais á Heliodora.

ARISTEO. Vénus, á solas con su espejo, no dejará de conocer qu. tenemos razon. Si tu hija es más hermosa, natural es que lo digamos; no es cosa que nos obligue á secre to Si no la pretenden los vecinos príncipes, démonos tú, ella y nosotros el parabien; la casarás con un cretense, que la querrá más que ningun extranjero, porque nosotros conocemos harto mejor sus preclaras virtudes.

PUEBLO. ¡Bien dicho, bien!

ARISTEO. Tres leyes principales rigen la isla: que el hombre no ha de tener más que una mujer; que los padres han de mantener á sus hijos; que ricos y pobres han de ejercitarse todos en el trabajo. El culto de Vénus había desvirtuado tan rectos principios, y aquí no se veían más que maridos de muchas, mujeres de todos, hijos que no encontraban padres, y á consecuencia de la molicie y holgazanería, los campos eriales y los talleres desiertos.

PUEBLO. Tiene razon, eso es lo que ha pasado.

ARISTEO. Tu hija, casi desde la niñez, manejó el huso y la podadera, los avísos del pescador y aún el tosco arado; y toda Creta quiso hacer lo que hacía una criatura tan agraciada y tierna. Tu hija, casi desde la niñez, recogió á los expósitos por las calles y se quitó el pan de la boca para ellos; avergonzó así á los padres desentrañados, y se restableció la familia. Premió y honró las inclinaciones honestas, y se hizo moda en la juventud el quererse para casarse. Mujeres como Heliodora necesitamos, no como Vénus; natural es que se recomiende el ejemplo de la princesa, y por esta razon queremos reunirnos alrededor de una estátua suya, y decirnos unos á otros: «Esta es la regeneradora de Creta, la madre del pobre, la bienhechora de todos; ésta nos ha hecho amar la virtud y el trabajo. ¡Viva ¡Heliodora! ¡Viva inmortal!

PUEBLO. ¡Viva!

LICAND. Eso puede realizarse en términos que no ofendan al culto. Para ventilar cuestion de tal magnitud hay que reunir el consejo popular de la isla.

PUEBLO. Sí, ¡sí, ¡el consejo! ¡el consejo!

MUSICA.

CORO. ¡Viva Heliodora!
¡Viva inmortal!

Ella en el templo,
Vénus al mar.
(Se van todos ménos Telefron.)

ESCENA V.

TELEFRON solo.

HABLADO.

TELEF. ¡El consejo! No hay en el consejo quien no deba algun favor á Heliodora, de modo que viejos y mozos deliran por ella; pierde el pleito mi ama, y yo, (que es lo más doloroso), mi apetitosísima *jeroflácica* posicion. Adios dulces tortas, ricas frutas y gordos pichones de las ofrendas. ¿Cómo avisaría yo á Vénus de lo que pasa? Porque, la verdad, estos dioses, que se cuentan por centenas de miles, cuidan poco del mundo; uno por otro la casa sin barrer. Los de cielo y tierra no se dejan ver de los corcovados; á los infernales no los quiero ver yo; los del mar parecen algo más conversables; alguna vez he columbrado por allí nereidas y tritones, á no que fuesen merluzas y atunes. Renuncio, pues, á la diosería de carne, y me dirijo á la de pescado. (Tiende los brazos hácia el mar, en actitud de invocacion religiosa.)

MÚSICA.

Frescas deidades y resaladas
del mar azul,
hálleos benignas mi humilde y justa
solicitud.
Y el dar á Vénus la gran noticia
es de interés;
Vénus habita la isla de Chipre,

bien lo sabeis.
Caro es el flete, y oro en mi bolsa
jamás se vió,
ni hay alma pía que me trasiegue
de mogollon.
Tiene mi viaje causa gravísima
trascedental;
mucho á los dioses áridos y húmedos
ha de importar.
Dadme una concha de la que rápido
tire un delfin:
si áun la de Vénus cursa este piélago
puede servir.
Si hay ninfa ó ninfo que me acompañe,
no le irá mal;
Vénus á todos paga en moneda
muy de tomar.

(Aparece en el mar un carro, hecho de una gran concha, con ruedas de aspas, tirado por delfines y acompañado de tritones y sirenas.)

Ya me escucharon; llega el vehículo.
Bien: ¡voto al Sol!
Gracias, amigos; tiemble esa herética
turba feroz.
¡Buena os aguarda! ¡Chico es el soplo
que voy á enredar!
Ha de amargaros la cesantía
del sacristan.
Vamos á Chipre. Carro magnífico,
rueda veloz.
Aire vosotros; aire en el cóncavo
del caracol.

(Se pone en el carro.)

Delfinitos, bogad con cuidado;
que me pierde cualquier pataplum!
Soy de plomo; jamás he nadado.
No volqueis, ó trocadme en atun.

(Coro de sirenas y tritones.)

Siervo fiél de la hermosa Ciprina,
ten valor, segurísimo vas.
Conducido por fuerza divina
pronto en Chipre la diosa verás.

(Se lo llevan en el carro.)

CUADRO.

(Gabinete de Vénus en Chipre.)

ESCENA VI.

CUPIDO y NINFAS DE VÉNUS.

CORO DE NINFAS.

Niño amoroso,
tierno Cupido,
¡qué alicaido,
qué ceñudo, qué triste que estás!
Viendo tu pena,
todas penamos,
todas te amamos,
y entre todas te quiero yo más.

HABLADO.

CUPIDO. Retiraos; dejadme...

NINFA 1.ª Pero dinos ántes por qué andas así.

CUPIDO. Por esas noticias que nos trajo Mercurio.

NINFA 2.ª ¿Lo de Minerva? Pues nosotras lo sabíamos ya.

NINFA 1.ª La habíamos visto pasearse en Citéres con un moceton como un alcornoque.

CUPIDO. ¡La sabionda, la concienzuda y esquiva Minerva, que resulta casada clandestinamente con un cíclope, chis-

pero de mi padre! ¡La única hermosura notable del cielo que se conservaba soltera! De las tres bellezas divinas que pretendieron la famosa manzana de oro, Juno es mi abuela. y Vénus mi madre; Minerva hubiera podido ser... Ya le diré yo cuántas son cinco á la diosa de la lechuza; tan lechuza es ella como su pájaro favorito.

NINFA 1.ª Pero ¿qué tenías tú que ver con Minerva?

NINFA 2.ª ¿Qué nos quieres decir con eso?

CUPIDO. Porque estoy fastidiado, aburrido, furioso... porque estoy harto ya de abastecer de amor á todo bicho viviente, y quiero sentir en mi propio indivíduo la dulce herida que producen mis flechas. Quiero amar yo, quiero ser amado.

NINFA 1.ª ¿No te amamos nosotras?

NINFA 2.ª ¡Miren el ingrato!

MUSICA.

CUPIDO.

Jugué con vosotras
apenas nací:
con nombre de hermanas
lo sois para mí.
Aunque hay en el cielo
muy alto ejemplar,
mi hermana conmigo
no se ha de casar.
Es Vénus mi madre,
yo busco mujer,
más bella que Vénus
la quiero escoger.

CORO DE NINFAS.

¡Buena para evadirte,
buena es la traza!

Mil gracias por el dulce
de calabaza.

HABLADO.

NINFA 1.ª Pues tu lo has dicho: tu abuelo Júpiter casado está con su hermana Juno.

CUPIDO. ¡Así anda tan bien el fraternal consorcio! Es necesario que entre los dos me agencien una diosecita preciosa, criada exprofeso para mi tálamo.

ESCENA VII.

DICHOS y VÉNUS.

VENUS. ¡Niño! niño! ¿Qué expresiones son esas? ¿Tú piensas ya en esposa?

CUPIDO. Madre, tú, de ménos edad, ya tenías marido! (Se van las Ninfas.)

VENUS. ¿Para qué quieres casarte?

CUPIDO. Para poblar el universo de cupidillos. Uno solo tiene demasiado que hacer!

VENUS. Esa falta se puede remediar sin tu auxilio.

CUPIDO. Yo soy buen hijo, y debo descansar á mi madre.

VENUS. ¡Jubilándola! ¡Degradándola! En fin, ¡haciéndome abuela! ¡Abuela yo, que soy la diosa de la hermosura!

CUPIDO. Y yo, que soy el dios del amor, he de pasarme con el simple título toda la vida? Sería absurdo, sería ilógico, ridículo y hasta inmoral.

VENUS. Lo absurdo y lo ridículo es que pretenda amoríos quien ha de ser desgraciadísimo en ellos. El único amor verdadero que existe por sí, que es el de madre, que es el que yo tengo y tú no mereces por travieso y por malo, me obligó á consultar al dios del destino en tu cumpleaños primero; y á fé que estabas tan hermoso aquel dia, que me ahogaba el júbilo al estrecharte contra mi seno. Da un beso á tu madre, bribon!

Cupido. ¿Uno? ¡Gran cosa! Acerca el plato; yo me serviré. (*La besa muchas veces.*)

Venus. Basta! basta! que me vas á engañar. ¿Qué respondió el destino? Te lo he repetido porcion de veces: «todos los dioses, dijo, viven sujetos á padecer alguna vez en el ánimo y en el cuerpo; el dios del amor pasará sus dias entre risas y juegos, miéntras no se rinda al amor. Si ama, padecerá en el espíritu el tormento horrible del desengaño, padecerá en el cuerpo un dolor agudísimo, de que sólo tienen idea los hombres, un dolor de muerte que dure y no mate. Ahora bien, constándote todo esto, ¿cómo puedes pensar en amores?

Cupido. Como que soy el amor en persona, que se burla de los oráculos y desafía al destino.

Venus. Trata de no insistir en esa manía. Vamos, hijo mio, convéncete de mis razones, evita las infelicidades con que te amenaza la suerte, y libra á tu madre del susto perpétuo con que la tendría su nuera! Muchas pesadumbres me has dado; ese arco me ha herido qué sé yo cuántas veces, haciéndome derramar abundantes lágrimas...

Cupido. De placer, mamá.

Venus. Y de pesar, de arrepentimiento y vergüenza. Todo te lo he perdonado; venirme con nietos, no te lo perdonaría.

Cupido. ¿Y si fuesen nietas?

Venus. Ménos; alguna de ellas podría destronarme. Yo soy buena, Cupido, pero no me disputen el reinazgo de la hermosura, porque entónces me vuelvo tigre. Saturno se comía á sus hijos temeroso de que le arrebatáran el cetro; no quieras que tu madre se asemeje á Saturno.

Cupido. Almuérzame ahora mismo, si quieres; para comer todavía es temprano.

Venus. ¡Habráse visto! Pues ¿no me hace reir todavía el pícaro! Fuera de chanzas, yo necesito resplandecer sóla en mi esfera; sola, Cupido, sola!

Cupido. Mucho; y por eso yo he de eclipsarme solo tambien.

En casa del herrero cuchillo de palo! Por la fragua de mi señor padre me alcanza el refran.

ESCENA VIII.

DICHOS y TELEFRON.

MUSICA.

TELEFRON. Á tus plantas, que venero
por amor y por oficio,
Telefron, tu barrendero,
corcovado en el servicio,
desde Creta viene á darte
fidedigno triste parte
de un suceso tremebundo
y hasta aquí sin ejemplar.

VENUS. Barrendero sin segundo,
cuenta el lance singular.

CUPIDO. Lo que pasaen vuestro mundo
más da risa que pesar.

TELEFRON. Sabe, pues, que mis paisanos
apostatan de tu culto;
se proponen los villanos
profanar tu sacro bulto.
Contra tí bufando todos,
no te nombran sin apodos;
Creta es hoy volcan rugiente
de fanática impiedad.

VENUS. ¡Qué locura! ¡Pobre gente!

CUPIDO. ¡Qué grosera vanidad!

VENUS. Les irá perfectamente
venerando la fealdad.

TELEFRON. ¡Ay! señora! lo funesto
del sacrílego atentado
es que ponen en tu puesto
nueva diosa de contado.

Cara y talle muy decente,
mejorando lo presente,
Divinizan á Heliodora,
que hija es única del rey.

VENUS. ¡Darme á mi competidora
de la ruin humana grey!
La vergüenza me devora!

CUPIDO. (De mi madre sucesora,
salto yo por toda ley,
debe ser encantadora
la heredera de ese rey.)

VENUS. Pronto muera! No, qué digo?
Tal castigo no lo fuera.
Mas la postro si á su rostro
se te roba el esplendor.
Pobre de ella si conmigo
puede en algo competir
de las gracias que atesora
se tendrá que arrepentir.

CUPIDO. Siento el pecho conmovido
como númen lo sentí.
Ya no flecho yo á la niña
por amante baladí:

TELEFRON. (Á Heliodora la amenaza
la tormenta que moví.
No es la culpa de la niña;
mas la suerte viene así. (Vánse.)

(Decoracion de selva, peñasco en medio y alrededor un lago.)

ESCENA IX.

DÓRIDA y HELIODORA, con una flor en el pecho.

HABLADO.

DORIDA. Detente, Heliodora, no puedo ya seguirte.

HELIOD. Hemos llegado al sitio.

DORIDA. ¿Para qué me traes á esta selva, señora? ¿Qué lago es

ese por el cual preguntabas?

HELIOD. Aya mia, mi buena Dórida, vé aquí la selva de Saturno, dios del tiempo, que lo devora todo. Se dice que de aquel peñasco sale á veces el dios. Las aguas de ese lago, que han bañado sus plantas, han adquirido una facultad prodigiosa.

DORIDA. Señora, tiemblo al figurarme el objeto de tu venida.

HELIOD. Sí; Dórida, sí; congregado el consejo ha proscrito al instante la adoracion de Vénus. De esta temeridad á la otra, no hay más que un paso, y necesito impedir que se dé. Esas aguas, consumidoras, como el dios que las ha tocado, convierten la juventud en vejez; yo voy á entrarme en ellas; voy á envejecer de repente mi cuerpo, y con eso desaparecerán los hechizos infaustos que sacan á los cretenses de tino. Más vale ser vieja, que blanco de la ira celeste, que orígen de los extravíos y las desventuras de un pueblo.

DORIDA. Señora, suspende por breves instantes la ejecucion de ese cruel designio. Vuelvo á la ciudad, y allí participaré á todos lo que tratas de hacer; tu pueblo, indefectiblemente, por no privarse de tu juvenil presencia, renunciará á prestarte honores indebidos. Aguarda, señora, aguarda á que vuelva.

HELIOD. Bien, vé; yo te aguardo.

ESCENA X.

HELIODORA.

Prometerán complacerme, y quebrantarán su promesa; para mi mal, para mi suplicio sin duda, se me prodigó este don aciago, que engendra en mis súbditos un entusiasmo lisonjero y sacrílego, defraudándome del afecto lícito de un esposo. Dulces ilusiones de mi vida en su oriente, cesad ya de halagarme; mi padre es viejo, y es feliz. Aceptemos la felicidad que goza el ocaso de la humana existencia. ¡Llegará la vejez, sin amar!...

ESCENA XI.

CUPIDO, con el aspecto y traje de una pastora anciana. Heliodora no le ve.

CUPIDO. (Amarás, Heliodora, amarás, y pronto. Desde las altas nubes te he visto y oido; para que ames, viene á tí el amor disfrazado.)

HELIOD. Padre mio, tú amas aún: sí, á tu hija y tu pueblo: conságrese únicamente mi corazon á mi padre y mi patria.

CUPIDO. (Mio ha de ser ese corazon, digno de alentar en las regiones olímpicas. En esta rosa de mi pecho se oculta la flecha para el tuyo.)

HELIOD. ¡Oh! si pudiera prescindir yo de las obligaciones de hija y princesa... ¡Oh Vénus! entónces... Calla, vanidad femenil, calla... y consúmese el sacrificio, ántes que vuelva Dórida. Póstrese resignada la ¡víctima! (Se arrodilla.)

CUPIDO. (¿Víctima tú? Víctimas y templos mereces. El alcázar que destiné á Minerva te lo dedico á tí.)

MUSICA.

HELIOD. Recibid, moradores del cielo,
de mi fé reverente la ofrenda.
Vuestras aras de injuria defienda
voluntaria mi pronta vejez.
La brillante corona de luto
que me ciñe mi trenza galana,
cabellera se torne de anciana
y quebranten arrugas mi tez.

CUPIDO. (Ap.) Ni en la tierra jamás
ni en el cielo
ví hermosura
que así me suspenda,

fuera crímen
dejar que la ofenda
prematura
la triste vejez.
Ya Cupido
le rinde tributo,
pierde Vénus
aquí la manzana,
hijo suyo
proclamo que gana
Heliodora
de bella la prez.

HELIOD. (Ap.) Quiero ver
en el agua temida
mi beldad
en su instante postrero;
despedirme
con lágrimas quiero
del retrato
que muestre de mí.

CUPIDO. Quiero abrir
en su pecho la herida,
manantial
del cariño primero.
Que reserve
solícita quiero
su belleza
divina por mí.

HELIOD. Acércome allí!

CUPIDO. Acércome así!)
(Á ella.) No llegues al lago,
doncella garrida;
te abrevia la vida
si baña tus piés.

HELIOD. Mi edad á la tuya
conviene que baje
y en este paraje

por eso me ves!

CUPIDO. Mis canas observa.

HELIOD. Son plata luciente.

CUPIDO. Repara en mi frente.

HELIOD. No pierdo en trocar.

CUPIDO. La luz en mis ojos...

HELIOD. Suavísima brilla.

CUPIDO. En esta mejilla...

HELIOD. Deleita besar.

CUPIDO. Con dulce lisonja
me adula tu labio.

HELIOD. Me infieres agravio,
te agravias á tí.

CUPIDO. Los brazos me tiende
si hablaste sincera.

HELIOD. Pastora hechicera,
yo nunca mentí.

(Se abrazan y se apartan vivamente sintiéndose los dos heridos.)

LOS DOS. ¡Ay! Cielos! ¿Qué dardo
me clavas aquí!

CUPIDO. Me has herido,
niña hermosa!

HELIOD. Me has herido,
anciana hermosa!

CUPIDO. No; que fuí yo...

HELIOD. No, no: yo fuí...

LOS DOS. Son espinas de la rosa
que en el pecho me prendí.

(Señalando cada uno la suya.)

HELIOD. ¿Es tu herida dolorosa?

CUPIDO. Ya me halaga deliciosa!
quiero sólo, niña hermosa,
que te duela como á mí.

HELIOD. Otro abrazo con la rosa.

LOS DOS. Otro con ella, sí.

HELIOD. Desde hoy á mis zagales

confía tu manada.
Mi espléndida morada
será tu habitacion.
La dulce madre mia
ya en los Elíseos vive;
por madre te recibe
mi amante corazon.

CUPIDO. En alas de inmortales
de aquí saldrá mi amada,
incógnita morada
será su habitacion.
Cupido, madre mia,
ya en Heliodora vive.
Sus bodas apercibe
mi amante corazon.

CORO. (Dentro.) Vedla, cretenses, vedla.
CUPIDO. ¿Quién viene allí?
HELIOD. Vienen por mí!
CUPIDO. Me importa retirarme.
HELIOD. Búscame luégo, ¿sí?
CUPIDO. ¡Oh! Sí.
No he de apartarme
nunca de tí. (Váse.)

ESCENA XII.

HELIODORA y DÓRIDA.

HABLADO.

DORIDA. Amenaza inútil, señora. El consejo paró en tumulto: el pueblo, sin atender á la voz de tu padre, ni á los consejeros ancianos, azotó la estátua de Vénus, la hizo luego trizas, dispúsose un triunfo y vienen á buscarte Pocos me han oido; caso no me ha hecho ninguno: dicen que jóven ó vieja, para el que no ha de ser tu es-

poso, vales lo mismo. Desiste, pues, de tu proyecto, hija mia.

HELIOD. He desistido ya. He visto aquí una pastora, que es anciana y es bella; y aunque su agradable vista me confirmaba al principio en mi intento, lo he abandonado luégo, no sé porqué. Mas no por eso he de admitir lo que no me toca.

ESCENA XIII.

ARISTEO, CORO, DONCELLAS y NIÑOS con palmas, flores y pebeteros. Mancebos que traen unas andas para llevar á la princesa.

MUSICA.

CORO.
Viva la amable jóven
del alma pura.
Viva la soberana
de la hermosura.

ARISTEO.
En los altares
de la diosa nacida en los mares,
con rito sacro,
en lugar del que fué simulacro,
y es polvo ya,
colocada Heliodora será.

HELIOD.
¡Oh pueblo mio!
tu lenguaje, tu empeño es
impío.
Ciego en tu engaño,
con tu daño, preparas mi daño.
Ved donde estais,
de Saturno la selva pisais.

ARISTEO.
Esa litera
con la silla de triunfo te espera;
premio, no dudes,
que merecen tus altas virtudes.

HELIOD. No, no: partid.
CORO. No sin tí.
VOZ. (Dentro.) Deteneos! Oid!

ESCENA XIV.

En la roca del centro se abre un hueco, y en él aparece SATURNO.

CORO. Saturno es quien nos habla!
¡Cielos! ¡qué asombro!
ARISTEO. Yo le escucho tranquilo,
mi aijada al hombro.
Súbditos de Heliodora,
dadle un adios eterno;
tú bajarás ahora (Aristeo.)
vivo al profundo averno;
y oscuro y borrascoso,
princesa, tu destino,
te anuncia por esposo
un monstruo peregrino,
monstruo que cielo y tierra
turba con su poder,
y hace al Olimpo guerra,
y lágrimas verter. (Desaparece.)

ESCENA XV.

HELIODORA, ARISTEO, DÓRIDA, CORO, etc.

HELIOD. ¡Ser dueño mio un monstruo fiero!
sólo al pensarlo tiemblo de horror!
Mi sufrimiento no puede tanto!
Dioses, la muerte por compasion!
ARISTEO. ¡Ser dueño suyo un monstruo fiero!
No se me deje ver tal horror!
Ántes me arrojen al hondo abismo,
donde los manes guarda Pluton!
CORO. ¡Ser dueño suyo un mónstruo fiero!

venga á nosotros devastador.
Nuestra es la culpa, no de Heliodora,
cambia, Saturno, tu prediccion.

ESCENA XVI.

CUPIDO, aún de pastora. CÉFIROS, sobre un grupo de nubes que baja hasta el suelo. Furias infernales que salen de la tierra entre-abierta.

CUPIDO. (Céfiro blando,
ven á Heliodora,
Pónla en mi alcázar
deslumbrador.
Yo soy el mónstruo:
ser dueño mio
no es suerte digna
de compasion,

CORO. Gime la tierra...
nubes de sangre
lanzan el rayo
devorador.
Ya triunfa Vénus,
Creta perece:
para nosotros
no hay salvacion.

(Aristeo se hunde. Los Céfiros llevan á Heliodora á la nube en que se presentan y desaparecen con ella, desmayada ó adormecida; el Coro se dispersa en varias direcciones.)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

Los infiernos mitológicos. Punto medio entre el Elíseo y el Tártaro: Se ve parte del uno y del otro por unos rompímientos, y entre vapores, que se aclaran y se condensan alternativamente.

ESCENA PRIMERA.

CORO DE MINISTROS DE PLUTON y DE SOMBRAS FELICES É INFELICES, en sus lugares respectivos.

MUSICA.

MINISTROS DE PENA.

Almas de réprobos,
padeced sin cesar, y sufrid.

MINISTROS DE PREMIO.

Gocen sin límite
para siempre los justos aquí.

RÉPROBOS.

¡Ay, del que mísero
cada instante quisiera morir!

JUSTOS.

Dad, gratos númenes,
dad consuelos á tanto infeliz.

MINISTROS DE PREMIO.

Sombras benévolas,
por inícuos en vano pedis.

MINISTROS DE PENA.

Nunca los crímenes
merecieron mejor porvenir.

JUSTOS.

Con el vicio luchamos en vida,
y en la muerte vencimos al fin.
Por las horas de triste amargura,
bien eterno gozamos aquí.

RÉPROBOS.

En gozar disipamos la vida,
goce amargo, de crímen al fin.
Breve fué la risueña locura;
para siempre lloramos aquí.

MINISTROS DE PREMIO.

Los que en lucha pasaron la vida,
y en la muerte vencieron al fin,
por las horas de triste amargura
bien eterno disfruten aquí.

MINISTROS DE PENA.

Los que al justo le hicieron en vida
que anhelára su próximo fin,
abismados en triste amargura,

para siempre sollocen aquí.
(Vapores más espesos cubren los huecos por donde se veia á las sombras.)

ESCENA II.

TELEFRON.

HABLADO.

TELEF. Aquí? Cierto: aquí debe ser, que es el punto divisorio entre el Elíseo y el Tártaro: me hallo precisamente en el justo medio. ¡Tanto andar tras el justo medio en la tierra, y está en los infiernos tan á la mano! Difunto momio, avisa á Pluton, que Vénus en persona tiene que hablarle. (Al paño y como hablando con uno que está dentro.) ¡Ah! ¿Está ocupado? (Despues de escuchar.) ¿Bañándose tal vez!... por el calor ó por el hollin?... Bien, pues en despachando por allá, que se despache á venir por aquí. (Se va.)

ESCENA III.

TELEFRON y ARISTEO, con una vara de oro en la mano.

TELEF. ¡Aristeo! ¡Hombre! ¿tú en este sitio? ¡Cuánto me alegro! ¿Qué mal te ha defuncionado tan de repente?

ARISTEO. Vivo aún; Telefron amigo; vivo como tú.

TELEF. ¡Vaya! Pues... otra vez será, como dicen los que se llevan chasco y se conforman de mala gana.

ARISTEO. Me trajeron á los abismos en pena de mis palabras contra Vénus, y me presentaron al tribunal de Mínos.

TELEF. Y ¿á qué te echan? ¿Á cadena perpétua con la más horripilante de las arpías?

ARISTEO. Libre y sin costas, barrendero famoso.

TELEF. Te doy la enhorabuena, y me tomo el pésame.

ARISTEO. Hay más aún: se me ha confiado la vara de Astrea,

diosa de la justicia, que me confiere un poder sobrenatural de grande extension.

TELEF. ¿Para qué?

ARISTEO. Para defender á Heliodora, si lo necesita.

TELEF. Cosas oye uno que no sabe cómo entenderlas! Aquí nos hallamos en el reino de la muerte, donde las pasiones no tienen cabida; en el mundo de la verdad, donde no se permite engaño; en la mansion de la justicia, donde á cada uno se guarda su fuero. Á ti, que empuñas la inflexible vara de Astrea, recurro en pleito contra tí mismo. ¿Fué justo que me ofrecieses aquella azotaina cuando yo defendía los intereses de Vénus?

ARISTEO. Atendidas las circunstancias no hubo cosa más en razon.

TELEF. ¡Voto á Baco! ¿Por qué?

ARISTEO. Porque tú no defendías á la diosa por amor á ella, sino por amor á las ganancias ilícitas que te proporcionaba tu empleo, de lo cual tengo puntuales noticias por varios labradores á quienes has estafado. Fué aquella amenaza tan merecida, que no me cabe duda en que se ha de presentar ocasion de realizarla cumplidamente.

TELEF. Espero que no. Vivo ya más cerca de mi soberana patrona. He pasado á Chipre, y vengo desde allí ahora con ella.

ARISTEO. ¿Solo?

TELEF. Solito!

ARISTEO. Lo extraño. Son muchos los que trae Vénus á los infiernos.

ESCENA IV.

DICHOS y VÉNUS.

VENUS. Déjame sola con este hombre. (Á Telefron.)

TELEF. Es Aristeo, es...

VENUS. Sí; mi enemigo. Á él vengo á buscar.

TELEF. (Ap.) (Busca al que la trata peor. Diosas y mujeres,

todas son unas.) (Á Vénus.) Tiene en su poder la vara mágica de Astrea; mira si se la coges. (Váse.)

ESCENA V.

VÉNUS, ARISTEO.

MUSICA.

VENUS. Aristeo!
TELEF. Bella diosa!
VENUS. Nos hallamos sin testigos.
Como buenos enemigos
vamos á conferenciar.
ARISTEO. Celestial contraria mia,
si es hablarme tu deseo,
sincerísimo Aristeo
se dispone á contestar.
VENUS. Soy en Creta por tu influjo
del poder destituida,
y á la bella preferida
quiero y no consigo ver.
La deidad y la princesa
compitamos frente á frente.
Sin temor se me presente
quien me intenta suceder.
¿Dónde se halla?
ARISTEO. Yo lo ignoro.
Esta mágica varilla
no me dice dónde brilla
de sus ojos el fulgor.
VENUS. Si te hablase, fuera vara
portentosa en modo extraño.
ARISTEO. Ésta, que hace bien y daño,
da consejo al portador.
VENUS. ¿Me la fías un momento?
ARISTEO. No sé, Vénus, qué te diga.

VENUS. Complacer á tu enemiga
resultára en tu favor.
ARISTEO. Temo y dudo...
VENUS. Yo lo pido.
ARISTEO. No me atrevo...
VENUS. Vaya, dame...
ARISTEO. Cesa.
VENUS. No hagas que te llame
tosco y rudo labrador.
ARISTEO. Evitar un daño quiero.
No te empeñes.
VENUS. Me sonrojo.
(Déjase quitar Aristeo la vara.)
No la das y yo la cojo.
(La vara lanza un trueno y aparece encencida. Vénus la suelta.)
ARISTEO. Cedo!
VENUS. ¡Ay! ¡quema! ¡Qué escozor!
Falso, tú me resistías
franca yo contigo siendo.
El dolor que estoy sufriendo
bien te tiene que pesar.
ARISTEO. Esta vara corta y pena (Alzándola.)
todo engaño, toda insidia;
la pediste con perfidia;
tal pedir me indujo á dar.
En defensa de Heliodora
esta vara se me cede,
y curarte al punto puede
sostenida entre los dos.
(Hace á Vénus tomar la vara por un extremo teniéndola él por el otro.)
VENUS. ¡Ay! descanso!
ARISTEO. De ese pecho
la pasion mezquina lanza.
Vil en hombres la venganza,
¿qué ha de ser en diosa y d os?
Omnipotentes,

¿quereis altar,
centro de toda
la humanidad?
Sed en virtudes
claro ejemplar,
y el mundo en ellas
adorará. (Váse.)

HABLADO.

VENUS. Pues á pesar de Astrea y la quemadura, yo no ceso hasta pillar de las orejas á Heliodorita.

ESCENA VII.

PLUTON y VÉNUS.

VENUS. ¡Pluton amigo!

PLUTON. ¿Qué te trae por estas regiones, donde impera la muerte?

VENUS. La muerte misma: necesito una prenda suya. Allá arriba, en la isla de Creta, hay una mujer á quien sustituyen en mis altares: quise verla y mandé á mi hijo que me la llevára.

PLUTON. Mal hecho. Cupido no debe ser ya muy de fiar.

VENUS. Me ha dicho que al intentar apoderarse de ella, le fué arrebatada por un poder superior al suyo.

PLUTON. Enredos de Cupido: cuando yo le conocí, mentía bastante, y desde entónces habrá adelantado. La desaparicion de tu rival ha de haber sido cosa de Céfiro.

VENUS. Céfiro y toda su volátil familia son meros satélites de Cupido.

PLUTON. De lo cual debemos inferir que tu hijo tiene en su poder á la niña, y que te hallas tú muy amenazada de nuera.

VENUS. Á fin de excusármela, vengo aquí por la lámpara de la muerte, para cuya luz nada hay escondido, y cuya quemadura lo destruye todo. Dame esa lámpara para descubrir á mi rival.

PLUTON. Voy á traértela. (Váse.)

VENUS. ¡Telefron! ¡Telefron!

ESCENA VIII.

TELEFRON, VÉNUS.

TELEF. ¿Nos retiramos ya, señora? No sé qué gusto hallas debajo de tierra, pudiendo pasearte en Páfos ó Gnido, por céspedes cubiertos de violetas entre laberintos de azahar.

VENUS. He venido á buscar aquí lo que sólo en este sitio se halla.

TELEF. Y ¿qué es?

VENUS. La lámpara de la muerte.

TELEF. ¿Á quién vas á alumbrar con ella?

VENUS. Á tí te la voy á entregar.

TELEF. ¡Gracias! tengo mal pulso; vertería el aceite.

VENUS. Pues vé con tiento; que donde cae una gota del líquido fatal que alimenta la llama, si es cuerpo humano le causa la muerte; si es cuerpo inmortal, abre en él una llaga horrible; si es campo, lo tala; si es edificio, lo convierte en escombros.

TELEF. ¡Para despabilarla con las uñas y limpiarse en el pelo!

VENUS. Con esa lámpara vas á correr el mundo: en todas partes entrarás sin peligro; todo lo verás, y no te verá nadie, si tú no quieres. Cuando hayas hallado el asilo de tu princesa, y descubierto quién es el mónstruo que se le destina para consorte, llévame la noticia.

TELEF. ¿Y si el futuro mónstruo, que es mónstruo tambien de presente, me descubre y la toma conmigo?

VENUS. Con una gota de la lámpara que le arrojes encima le verás rendido á tus piés.

TELEF. ¡Rendir un mónstruo de un candilazo! y ¡no riño yo sin salir con las manos en la cabeza! Esta es la ocasion de lucirme. Apolo mató la serpiente Piton á flechazos; es decir, á cierta distancia del bicho: yo me acercaré más

á él; como ensalada me lo aderezaré, por pitones que tenga. Y Heliodora no dejaría de agradecérmelo. Entre un mónstruo y yo, natural sería que me diese la preferencia. Cásese provisionalmente con él, si es preciso, para cumplir con el oráculo; por mi cuenta corre dejarla viuda.

VENUS. Y en fin, si Heliodora quedase aficionada á mónstruos, nada más fácil que hacer uno de tí. Mejorándote un poco...

TELEF. Pluton vuelve ya!

ESCENA IX.

PLUTON, la MUERTE con su lámpara, ESPECTROS armados de guadañas y teas, y DICHOS.

LA MUERTE y el CORO DE ESPECTROS.

Con esta lámpara,
lenta en arder,
su triste víctima
la muerte ve.
No hay muro sólido,
no hay puerta fiel
que á esa luz tétrica
paso no dé.

MUERTE. (Á Vénus.) La lámpara y los satélites de la muerte se hallan á tu disposicion.

VENUS. (Á la Muerte.) Entrega la lámpara á este hombre!

TELEF. Dispénsame, señora, de mano de la muerte no quiero yo nada.

MUERTE. Ahora no peligras aunque te me acerques; más adelante ya te haré mi visita.

TELEF. No te incomodes; ando fuera de casa mucho, y si estoy, no recibo.

PLUTON. Recibe de mi mano la lámpara! (Tomándola y dándosela.) Con ésta nada habrá oculto para tí!

TELEF. ¿Nada! ¡Soberbia ocasion para averigüar si aquella ve-

cinita de enfrente... Si aquel vejezuelo moralizador... si aquel pollo tan aromático!... Venga pues esa lámpara mortecina.

PLUTON. Ten! (Le da la lámpara mientras Telefron sigue hablando Pluton y Vénus conversando aparte se retiran poco á poco.)

TELEF.
Lámpara descomunal,
cuyo reflejo civil
salon y chirivitil
baña triste por igual,
yo que en malicias abundo,
porque harto motivo encuentro,
voy á ver lo que hay por dentro
en cada rincon del mundo,
y si tal hembra y varon
que triunfan y resplandecen
son lo mismo que parecen
ó parecen y no son.
¡Qué de tapujos
va á descubrir
el mecherito
de este candil!

(Vánse la Muerte y Espectros y Telefron con la lámpara.)

ESCENA X.

Palacio de Cupîdo, de extraordinaria arquitectura y magnificencia.
HELIODORA, riquísimamente vestida.

HELIOD. ¡Qué pasmo! Cada estancia me parece más rica, más suntuosa que las que ántes he recorrido. Ojos humanos de seguro no han visto nunca semejante magnificencia! Trasladada sin sentido aquí, manos invisibles me han abierto canceles y puertas; me han ataviado con galas, como yo nunca tuve; me han servido un banquete espléndido... Nadie se me presenta; y con sólo un ademan que haga, me hallo complacida en cualquier

capricho. Pregunto, responden, y á nadie veo y á nadie siento. (Alzando la voz.) ¿Para quién fué construido este alcázar!

ESCENA XI.

HELIODORA y CUPIDO, dentro, NINFAS INVISIBLES que dejan oir su voz. La voz puede ser Cupido.

CUPIDO. Para Minerva.

HELIOD. ¡Para una deidad! ¡para la diosa de la sabiduría! Y es Minerva su dueño?

CUPIDO. Es Heliodora!

HELIOD. Y ¿quién me le regala?

CUPIDO. Tu amante!

HELIOD. Y ese amante ¿carece de nombre?—Á esta pregunta jamás obtengo contestacion.—No me negareis que es un mónstruo.

CUPIDO. Recuerda lo que dijo Saturno! Recuerda que en los oráculos hay siempre equívocos.

HELIOD. ¿No es terrible? ¿No mata?

CUPIDO. Muertes le atribuyen, pero infinitos le deben la vida.

HELIOD. ¿Me asustará mucho cuando le vea? (Se obscurece el palacio.) ¡Ay! ¿Qué es esto? ¿Por qué me dejais en tinieblas?

CUPIDO. Para que no te asuste la presencia del mónstruo!

NINFA 1.ª Con él te dejamos.

MUCHAS VOCES. Adios!

ESCENA XII.

HELIODORA, CUPIDO.

CUPIDO.
Heliodora, Heliodora!
piedad reclamo.
En mi alcázar te tengo
porque te amo.
—Yo el orbe corro,
yo el cielo escalo,

cruzo ciudades,
piso los campos;
mil bellezas he visto
libre vagando.
Heliodora de libre
me ha vuelto esclavo!

(Estrechando sus manos.)

HELIOD. (Para ser mónstruo, tiene
pulida mano.)

(Cupido le da un beso en la mano que le tiene cogida.)

—¡Respete á la heredera
de un rey anciano! (Indignada.)

CUPIDO. Hija de un beso
apasionado
como la humilde
flor de los campos.
¡Que todo cuanto existe
todo ha brotado
á impulsos del cariño
de un beso grato!

HELIOD. Eso que estás diciendo
es muy extraño
que me causa al oirlo
placer y daño.
—Calla y no sigas! (Con dolor.)
—¡Mónstruo tirano!

(Al sentir otro nuevo beso.)

No calles, sigue!

CUPIDO. Si beso no hablo.

HELIOD. Si tuvieras el rostro
de ser humano,
¿qué mujer resistiera
gracejo tanto?

CUPIDO. Las palabras que oiste
se te olvidaron:
peregrino es el mónstruo
que te anunciaron.

Tú que de gracia,
eres dechado,
tú de virtudes
límpido vaso,
no has de ver una fiera
siempre á tu lado.
¡Caprichosa la suerte
nunca lo es tanto!

HELIOD. Peregrino en efecto
se te ha llamado, (Reflexiva.)
que es palabra de doble
significado.
Mónstruo y prodigio
son dos vocablos
que un mismo objeto
muestran acaso.
Te supongo prodigio
único en grado.
¡Los prodigios á oscuras
no hacen milagros!

CUPIDO. Si pretendes curiosa
ver mi semblante,
mira bien que la vida
pueden quitarte,
Deja ese ahinco;
tu destino lo quiere,
¡cede al destino!

HELIOD. ¿De curiosa me tacha
mi oculto amante?
Que no soy como todas
he de probarte.
Pueril capricho
fuera vivir soñando
ver un vestiglo.

CUPIDO. Enojada te advierto:
dame una mano.

HELIOD. Déjalo para el dia

que nos veamos.
CUPIDO. Pues hasta entónces...
HELIOD. Tardará.
CUPIDO. Mucho?
HELIOD. Mucho!
CUPIDO. (Será esta noche!)
(Váse y se aclara el teatro.)

ESCENA XIII.

HELIODORA.

MUSICA.

Curiosa... pues... curiosa:
¿qué ha de ser una,
si le dicen amores
tan bien y á oscuras!
Ardor inusitado
me invade cara y frente;
de amigo que no miente
informe hay que tomar.
(Toma un espejo metálico de mano que habrá sobre una mesa.)
Colores me han salido,
que no, que no me afean.
No importa. No me vean;
quisiérame ocultar.
Ajena casa vivo,
de fábrica divina;
¿será con la inquilina,
será bastante fiel?
Si el dueño me estuviera
mirando callandito!...
Guardarme necesito
por él... ó para él.
¡Invisibles! (Llamando.)

ESCENA XIV.

HELIODORA, NINFAS invisibles.

MUCHAS VOCES. Señora.
HELIOD. Cerrad la casa.
UNA VOZ. Cerraremos al punto
como nos mandas.
HELIOD. Hasta que el sol despunte
sola dejadme!
VARIAS VOCES. Todas te velaremos.
HELIOD. Digo que nadie.
MUCHAS VOCES. Obedecer es fuerza
cuanto dispones.
Que te dé tu destino
felices noches.

ESCENA XV.

HELIODORA.

HABLADO.

Parecía que se burlaban de mí, suponiendo que no he de reposar muy tranquila. Á la verdad, inquietísima estoy. ¿Quién es este mónstruo, que ya, segun los indicios, por lo feo, no le debo temer? Su poder es mucho; su esfera, de semidios lo ménos; ¿por qué no he de verle? Porque el destino me lo veda... Porque puede Vénus atropellarme. Y ¿ha de ser Vénus tan injusta conmigo? Quiero hacer estas reflexiones al mónstruo, que parece muy racional! ¡Hola!... ¡Hola! Esta vez no me oyen. ¡Si he despedido hasta mañana la servidumbre! Les agradezco poco la obediencia.—Tengo mal humor; desde que entré aquí me he convertido en otra: mi juicio, mi genio, hasta mis modos han variado: des-

templa y sofoca este ambiente. Y ¡se han atrevido á comparar con una diosa esta débil mujer! Pero ¿no habrá quien me facilite el medio de ver á ese mónstruo?

ESCENA XVI.

HELIODORA y TELEFRON con la lámpara de la muerte en la mano.

TELEF. Aquí estoy yo, señora!

HELIOD. ¡Telefron! ¿cómo has penetrado en este recinto?

TELEF. Con esta lámpara se entra en todas partes, por bien que hayan atrancado las puerats. Las de este alcázar se resistían; yo te veia y no podía penetrar en él; pero como tú has querido que pase adelante...

HELIOD. ¿Quién te ha dado esa lámpara?

TELEF. Me la ha dado... Señora, la verdad es que me la dió Pluton con su mano propia.

HELIOD. ¡Pluton!

TELEF. Sí, en los infiernos. Allí me he encontrado con Aristeo, que te visitará, supongo yo, si sabe la casa... Si le dejan entrar... En fin, si puede.—Tú no estás en lo que te digo.

HELIOD. Con esa lámpara, ¿podré yo ver al dueño de este palacio?

TELEF. Al dueño y á las dueñas y al alcaide y al farolero y á todo el mundo. ¡Habré yo visto poco esta noche! Ya conocerás á Truchimaulómenes, aquel abuelito de tan buenas costumbres, tan campechano, tan... pues he descubierto que es un canalla; robó caudales y honras en otro tiempo; y ahora ¿sabes cómo restituye? Dotando huérfanas... hijas suyas desperdigadas. El moño de Láis, esa beldad célebre peloponesa, nació en region salvaje ó ocho mil estadios de la que se peina con él. Dicen de la tal que es tan necia y tan desmañada como buena moza. Yo la declaro artista sublime; pinta admirablemente... sobre su cara. Pues ¿y el celebérrimo

tiquimistarco, esa notabilidad de sabiduría, de gusto crítico y de sal ática?... Mucho oro y poca vergüenza constituyen su mérito; media docena de parásitos, que viven de su mesa, le adoban cada dia la racion de saber y chiste que luce en los pórticos.

HELIOD. Donde has entrado, ¿no te han sentido?

TELEF. Si esta lámpara hace invisible al que la lleva en la mano derecha.

HELIOD. ¿Sí? dámela: quiero conocer al mónstruo con quien he hablado aquí.

TELEF. Habiéndole hablado, ¿cómo no le has visto?

HELIOD. Estábamos á oscuras; no quiere darse á luz.

TELEF. Feíllo debe ser el pobre.

HELIOD. ¡Oh! no lo creas. Las manos, por lo ménos, y los labios y la barbilla parecen de dama.

TELEF. Pues cuando él se esconde, por algo será.

HELIOD. Y es muy dulce su voz, habla en todos conceptos muy bien.

TELEF. Quiron hablaba como un retórico, y era centauro, hombre ingerto en rocin. ¿Estás cierta de que el mónstruo clandestino pisa con dos piés libres de otra pareja?

HELIOD. Yo apénas he sentido sus pasos.

TELEF. ¿No se le siente? Ya caigo; es un sireno anfibio, sin duda.

HELIOD. ¡Qué dices?

TELEF. Las sirenas tienen buena cara, lindos brazos y hermosa voz; de la cintura abajo empieza la irregularidad. Sirena macho te pronostico, princesa mia. Sireno, lampiño ó con barbas, puede afeitarse.

HELIOD. ¿Sería posible?

TELEF. Sireno con una cola de medio estadio, cada escama como una hortera, cada pincho como una púa de puerco espin. Y lo peor es que las sirenas, sin distincion de sexo, cantan para atraer á los desprevenidos, y luégo se los comen. El mónstruo de esta casa te va á devorar: mira que de los mónstruos caseros, el casero mónstruo es el peor.

HELIOD. Salgamos de dudas! (Toma la lámpara y se va.)
TELEF. Satélites plutónicos, internaos.

ESCENA XVII.

TELEFRON y los ESPECTROS con teas y guadañas.

CORO DE ESPECTROS. ¡Nosotros detenidos
en ese umbral!
¡Oh furor!
La resistencia
nos pagarán.
Así que recobremos
la luz fatal.
¡Oh furor!
dueño y alcázar
han de temblar.
TELEFRON. Ofrecíme á traeros,
y al fin os traje;
mas ya me atemoriza
vuestro lenguaje.
¿Qué significa en limpio
(Los Espectros dirigen á todas partes miradas furiosas.)
tanto aspaviento?
Reducid á palabras
el pensamiento.
CORO. La riqueza
nos ofende,
la belleza
nos enciende
en odio mortal.
TELEFRON. (Ap.) (Familia social!)
CORO. Destruyamos
cuanto vemos;
donde estamos,
donde estemos,
que quede señal.

TELEFRON. (Ap.) (¡Qué gusto brutal!)
CORO. La cretense
maravilla,
nunca piense
cetro y silla
de diosa alcanzar.
TELEFRON. Más bajo hay lugar.
CORO. Viva en pena
y en cadena vergonzosa
devore pesar.
TELEFRON. (Ap.) (¡Gustoso manjar!)
CORO. En recobrando
la luz fatal,
dueño y alcázar,
¡temblad! ¡temblad! (Vánse.)

(Gruta que sirve de dormitorio á Cupido. Una cama adornada con flores, cortinaje de púrpura, etc.

ESCENA XVIII.

CUPIDO y GENIOS sirvientes de Cupido. El Dios da á uno de los genios el arco y la aljaba para que los pongan en la mesa. Otros Genios arreglan la cama y la cortina y echan olores en pebeteros con lumbre.

CUPIDO. Hoy Cupido se enamora,
y hoy conquista su Heliodora.
Su desden y falso ceño
son cariño no pequeño;
solemnicen este dia
los que en vasta monarquía
me proclaman su señor.
Dénme alegres bendiciones
los amantes corazones.
Á la furia de los celos,
á las penas y desvelos
y al engaño delincuente,

los arrojo eternamente
del imperio del amor.
De Heliodora me retiro,
sofocando algun suspiro;
pero audaz el pensamiento
me la muestra en su aposento
mientras duerme sosegada,
y acaricia su almohada
la garganta de marfil! (Se echa en la cama.)
Sueños de oro encanten ésta;
que me pongan manifiesta
la ventura que ambiciono! (Duerme y sueña.)
Vénus dice: «Yo perdono.»
Llora el cielo de alegría!
¡madre hermosa! ¡madre mia!
¡mil abrazos! ¡mil y mil! (Vánse los Genios.)

ESCENA XIX.

HELIODORA con la lámpara, y CUPIDO dormido.

HELIOD. Gruta distante dijo:
esta indicó, de fijo.
¡Cuál me palpita el pecho!
Allí descubro un lecho!
¿Qué es lo que voy á ver? (Acercándose.)
¡Mónstruo divino es ese!
¡y él resistió que viese
rostro que tanto hechiza?
Dará, si martiriza,
tormento de placer.
Arco hay aquí y aljaba..
Ciega de asombro estaba.
Ojos, con ansia errantes,
¿cómo no visteis ántes
las alas del amor?
¡Yo de Cupido amada?

¡Yo por su esposa dada,
cuando la peña abriendo
vaticinó tremendo
Saturno destructor?
Del Dios al torpe bruto
cobra el amor tributo;
aman ciprés y yedra;
la diamantina piedra
siente el amor en sí.
¡Y él, que del mundo es alma,
pone á mis piés la palma
que ambicionáran diosas!
¿Cuál de las más dichosas
puede igualarse á mí!
Pronta, mi bien, me tienes
á reparar desdenes;
pero en dudar insisto
que por haberte visto
grave pesar te dé.
Amante cortesano
besásteme la mano
por disipar mi susto;
yo con respeto justo
la tuya adoraré.

(Al besarle la mano vierte la lámpara sobre el pecho de Cupido.)

CUPIDO. ¡Ay Cielos! (Incorporándose.)
¿Quién me mata!
¡Qué bárbaro dolor!

HELIOD. La lámpara he vertido,
su fuego le abrasó.

CUPIDO. ¿Qué has hecho, desdichada?

(Cupido cae sobre la almohada.)

HELIOD. ¡Perdóname! ¡Perdon!

ESCENA XX.

ESPECTROS por un lado. GENIOS sirvientes de Cupido por otro.
CUPIDO y HELIODORA.

CORO DE ESPECTROS. Cumplido mira el fallo, (Á Cupido.)
que Vénus te anunció:
tus hórridos tormentos
los debes á tu amor.

(Los Genios rodean á Cupido. Un espectro coge la lámpara y se va con ella.)

HELIOD. ¿Qué mal así le deja
sin fuerzas y sin voz?
Qué lámpara he traido?

ESPECTROS. La muerte la encendió.

CUPIDO. De Vénus te hace esclava
tu triste indiscrecion,
y á mí tambien me priva
de ser tu defensor.

HELIOD. ¡Mal haya aquel deseo
que á verte me arrastró!
Aquel maldito alcázar
¿por qué no fué prision?

(Arruínase parte de la gruta y deja ver á lo léjos el palacio de Cupido ardiendo.)

GENIOS. Las llamas le devoran
de fuego abrasador.

ESPECTROS. Airada cumple Vénus
la ciega maldicion.

GENIOS. Á Chipre caminemos,
á Chipre con los dos.

ESPECTROS. Allí tendrá castigo
tu loca presuncion.

(Los Genios se llevan á Cupido. Los Espectros á Heliodora.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

Cárcel subterránea debajo del palacio de Vénus en Chipre, ilnminada por una lámpara.

ESCENA PRIMERA.

HELIODORA.

MUSICA.

¡Mísera suerte! ¡Cambio espantoso!
Nadie ha caido tan desde arriba.
Dábanme altares, gimo cautiva.
Ni esto ni aquello lo merecí.
Á las venturas de amor divino
nunca dió entrada mi pensamiento;
Centellearon por un momento,
sólo un momento las entreví.
Era mi amante aquel,
mancebo sin igual,
mírole... ¡y vierto en él
la lámpara fatal!
Vuelva á mi mano infiel
el líquido letal:
incauta criminal,

castígueme cruel.

ESCENA II.

HELIODORA, TELEFRON.

HABLADO.

TELEF. ¡Señora! ¡Señora!

HELIOD. ¿Tú aquí, Telefron!

TELEF. Soy de casa. Pertenezco á la servidumbre de Vénus; como sacristan suyo no me había de quedar en la calle.

HELIOD. ¿Qué sabes de Cupido?

TELEF. Sigue... sin novedad feliz.

HELIOD. ¡Cielos piadosos!

TELEF. Vénus ha llamado á Esculapio, y el dios de la medicina ha declarado solemnemente que la llaga de Amor es muy grave, y que por ahora ni admite cura, ni alivio siquiera.

HELIOD. ¿Ni aun alivio puede esperar!...

TELEF. Pero «¿no ha de hallarse remedio para este chico?» gritaba mi señora hecha una bacante. «No he dicho tanto, repuso el celeste doctor: remedio hay; pero es tan violento, que yo, por ahora, ni áun quiero indicarlo; más adelante sabrás cuál es.» Vénus rogó á Esculapio que se explicára; él se hizo el sordo, y se marchó sin cobrar la visita. Deja de pensar en el encandilado; que madre tiene que le cuide; piensa en tí, y en tu padre.

HELIOD. ¡Ah! ¡mi padre!

TELEF. Aristeo, manigerente absoluto de la vara de Astrea, le ha traido á Chipre en volandas. Con la varita, sin embargo, no pueden penetrar en tu calabozo, porque tu prision es justa pena de tu curiosidad; pero han podido comisionarme como negociador neutral, porque deseo servir á Vénus y á vosotros, no desatendiendo mis intereses.

HELIOD. Y ¿qué piensa mi padre?

TELEF. Que debes acceder á todo por salir de este sitio.

HELIOD. Y ¿á qué debo prestarme?

TELEF. Verás. Pareee que más allá del mar de la India, ya muy al Sur, hay una isla llamada Gorgosia, que habitan negros, todos feísimos, pero libres de quintas, porque todos tienen marcada exencion. Allí, el que no es cojo es tuerto; el que no es manco, es consocio de mochila mio. Ciegos, fabrican allí las agujas; los tartamudos (que son los que hablan mejor), ejercen exclusivamente la abogacía, y son representantes natos del pueblo.

HELIOD. ¿Qué tiene que ver eso conmigo?

TELEF. Ya llegaremos al meson. Aquella familia se cree, no obstante, la raza más bella del orbe; para ellos los feos son los guapitos de por acá.

HELIOD. Parece naturalísimo.

TELEF. Está vacante ahora la plaza de rey, y la corona es electiva, salvas influencias ó mandatos del cielo. Para contener ambiciones, el aspirante á la diadema está sujeto á duro gravámen.

HELIOD. ¿Cuál?

TELEF. Se tiene que casar con la mujer blanca más fea que se encuentre fuera del país; es decir, que puede ser una hermosísima entre nosotros. Si admites el cetro gorgósico, Vénus te le da sahumado.

HELIOD. Ya! se ha querido hacerme diosa de la hermosura, y Vénus quiere hacerme reina de la fealdad. Me parece justa la represalia. Y ¿quién será mi novio?

TELEF. Con perdon se oiga, yo.

HELIOD. ¿Tú!... ¡El... (Haciendo ademan de barrer.) el jerofílax de la diosa Vénus!

TELEF. En tierra de feotes... y de feotas... vale un imperio cualquier sacristan.

HELIOD. ¿Eso pasa!...

TELEF. Y la ley de reemplazos reales da en Gorgosia la preferencia á los pretendientes de espalda sublimi-promontórica.

HELIOD. Tu corcoba es trivial, comun.

TELEF. Me ha prometido Vénus robustecérmela de modo que nadie la puje.

HELIOD. Pero á mí me obliga el destino á casar con un mónstruo.

TELEF. Yo estoy en terna para una monstruosidad de primera categoría.

HELIOD Mi esposo ha de gozar un poder tan grande, que le sea dado alterar la paz de la tierra y del cielo!

TELEF. Vénus se propone que me nombre Júpiter genio de la envidia, que es negociado todavía sin oficial, y abunda en expedientes. Donde la envidia asome señal dejará.

HELIOD. Para genio rayas tú poco alto.

TELEF. Señora, la envidia es baja.

HELIOD. ¿Puede producir algun bien á Cupido, puede á lo ménos aliviar su dolencia mi destierro á Gorgosia?

TELEF. Vénus, que llega, podrá acaso decírtelo.

ESCENA III.

HELIODORA, NINFAS de Vénus y VÉNUS.

MUSICA.

VENUS. Vete! (Á Telefron; éste se va.)
(Á sus Ninfas.) Venid, mirad al cabo
rendida prisionera
la que llamarse nuera
de Vénus presumió.
Por ésta mis altares
Creta escarnece y pisa
y entre blasfema risa
mi efigie destrozó.

CORO. ¿Esta es la diosa
de la belleza?

¿Esta?... ¡Bah! ¡bah!
Poco envidiosa
tal gentileza
te dejará,
¡já, já, já, já!
El gusto es cosa
que con certeza
perdióse ya.

VENUS. Sierva te ves de Vénus,
rival de Vénus eres:
depon si vida quieres
tu voluntad en mí.
Te habrás de unir al hombre
por Vénus elegido.

HELIOD. Consiéntalo Cupido,
y ofrezco dar el sí.

VENUS. Consienta ó no tu herido,
pronta obediencia quiero.

HELIOD. Cupido al barrendero
me puede abandonar.

VENUS. ¿Si no?...

HELIOD. Si no, se espera
mi sumision en vano:
defenderé mi mano
delante del altar.

VENUS. Dadle tiempo en que medite;
si el propuesto enlace admite,
si se niega, vuestras manos
con su sangre salpicad.
Mis efigies atropella
chusma vil que adora en ella;
sufra el látigo en desquite
la bellísima deidad!

HELIOD. ¡Santa, imparcial Astrea!
Tú á defenderme ven.
Cándida el alma mia,
siempre tu templo fué.

VENUS. Llévenla, y al espejo
llegue su rostro á ver.
Brille cual sol ahora;
sombra le tornaré.

TODAS. (Á un tiempo.) Doble el castigo suyo,
doble merece ser.
Negra fealdad primero,
vivo dolor despues.

VENUS. Doble el castigo suyo,
doble le quiero hacer.
Fea serás primero;
vas á morir despues.

HELIOD. Puedes hacer que muera,
no que la mano dé:
fino mi amor viviendo,
ya es inmortal despues.

(Las Ninfas se llevan á Heliodora por un lado de la circel. Vénus se va por otro.)

ESCENA IV.

LICANDRO y ARISTEO, con la vara de oro.

HABLADO.

LICAND. Por aquí sonaban las voces. Adelantémonos.

ARISTEO. Allí van las Ninfas de la Diosa!

LICAND., ¡Arrebatan á mi hija!

ARISTEO. La encierran en un calabozo!

LICAND. Se dispersan por el subterráneo. Acudamos á libertar á Heliodora.

AIRSTEO. No temas ya por ella, rey mio; cuando estos muros nos permiten la entrada, señal es de que Vénus ha cometido injusticia con su prisionera, y de que podemos prestarle ya todo el favor que le asegura la vara que empuño.

LICAND. Pongámosla en libertad sin tardanza. Huyamos pront de esta mansion temible; se respiran en la cárcel de Vénus miasmas de vicio!

UNA VOZ. Deteneos!

LICAND. ¿Quién viene á nosotros?

ARISTEO. Es un jóven al parecer doliente, desfallecido!

LICAND. Es el Amor!

ESCENA V.

CUPIDO, ARISTEO y LICANDRO.

CUPIDO. Yo soy: me arranco del lecho de los dolores para proteger á mi amada, cautiva aquí.

LICAND. ¿Tú amas á mi hija, señor?

CUPIDO. Tu hija es el conjunto de las gracias y de la virtud humanas. ¡Ay! la perfeccion completa no es dada al hombre. Una falta leve, una curiosidad, harto disimulable, nos ha hecho infelices á Heliodora y á mí.

LICAND. ¿Puede ser infeliz un dios?

ARISTEO. ¿Puede un dios padecer?

CUPIDO. Soy el Dios del amor; *amor que no padece no es amor verdadero*. El destino, tan pródigo en dotar á tu hija, le exigía en cambio de una felicidad sin término, una cauta reserva jamás desmentida. Yo quise que me amára Heliodora; yo sembré el amor y la irreflexion con él en su pecho; quiso verme, y no me es dado ya verla más.

LICAND. ¿Cómo, señor!...

CUPIDO. Si la viese, no tendría valor para separarme de ella; si no la separo de mí, si no la cedo á un hombre, pierde la vida.

LICAND. Ah! señor!

ARISTEO. Yo con el poder que se me confía...

CUPIDO. Tú serás su esposo, Aristeo.—Á la orilla del Bétis habita un pueblo rico y alegre, bajo bóvedas de olivas y pámpanos que acaricia el Favonio, que riega blanda-

mente la urna de Iris, que respeta la tempestad. Ocupa el centro de aquella deliciosa comarca el jardin encantado de las Hespérides, morada envidiable de los príncipes de la Bética. Tú reinarás allí, Aristeo.

ARISTEO. Yo, señor! ¡Yo!...

CUPIDO. Tú con Heliodora!

LICAND ¿No recobro á mi hija?

CUPIDO. Puedes y debes acompañarla.

MÚSICA.

ARISTEO.
Con la mano en la esteva mirando,
en llanada vastísima juntas,
mias todas, centenas de yuntas,
el orgullo tal vez me asaltó.
Cetro de oro pensé que pudiera
esta mano regir labradora,
la divina tocar de Heliodora;
eso no, ni soñarlo, eso no!
Un rosal en mi huerto se cría;
sola en él una rosa florece,
de tu hija la imágen me ofrece,
y de léjos adoro el rosal.
Á Heliodora en depósito admito;
guarda fiel, Aristeo, se jacta
de volvérsela al númen intacta (Á Cupido.)
cuando espire mi aliento vital.

ESCENA VI.

DICHOS, TELEFRON y NINFAS, dentro.

HABLADO.

TELEF. Heliodora viene ya libre; el castigo humillante que mi madre la preparaba, lo sufre el sacristan á quien en

la oscuridad confunden con tu hija. Ella se acerca. Salidle al paso, noticiadle mis ruegos... mis órdenes; decidle que su salvacion suaviza mi llaga; id ántes que la vea; id.

LICAND. Vamos adonde libre de temor por ella, se sacie de abrazarla su afligido padre. (Váse con Aristeo.)

CUPIDO. Una vislumbre de esperanza descubro en el cielo; volemos á él! (Váse.)

NINFAS. (Dentro.) Duro en la diosa!

TELEF. (Id.) Ay, ay! Qué fuerza tiene la adulacion! Ay, ay, ay, ay. ¡Ay!

CUADRO.

(Jardin de Vénus, iluminado por la luna, y entrada á su palacio.)

ESCENA VII.

SATURNO, PLUTON.

SAT. Loca está Vénus de ira! hijo Pluton.

PLUT. Completamente loca, padre Saturno!

SAT. Dirijámonos al Olimpo, ya que nos llama Júpiter, y que nuestras visitas están despachadas.

PLUT. Cupido se halla fuera de casa...

SAT. Y Vénus fuera de sus casillas.

PLUT. ¿Para qué nos convocará Júpiter?

SAT. Debe ser para arreglar con el destino la suerte de Amor...

PLUT. Como Cupido padece tanto...

SAT. Algo más hace padecer; es un bicho malo!

PLUT. Travieso hasta no más!

SAT. Aturdido, insolente...

PLUT. Cruel! escandaloso!

SAT. No deja en paz á nadie.

PLUT. Ni á mozos ni á viejos. Es un mónstruo!

SAT. Así le he calificado yo, reproduciendo una prediccion del destino.

PLUT. Por otra parte, da ratos muy buenos tambien.

SAT. La verdad es que hace falta en el mundo. Mientras yo no le conocí, aunque tuve hijos, no supe ser padre.

PLUT. Yo gastaba muy mal humor hasta que él me condujo á los campos, donde vi á Proserpina.

SAT. Es preciso hacer algo por él.

PLUTON. Mi mujer me lo ha encargado mucho.

SAT. Mas no hay que pensar en casarle con la tal ¡Síquis, vulgo Heliodora.

PLUTON. Seria un enlace muy desigual!

SAT. Afrentoso para la familia!

PLUTON. Allá en mi Elíseo, hay un departamento muy lindo y oculto destinado á las enamoradas infelices y hermosas Allí podría yo guardar á esa niña muy bien.

SAT. Resérvaselo para cuando se muera. Todas las hermosas del mundo van á parar á tus dominios.

PLUTON. Sí; pero se dejan la hermosura en el tránsito.

SAT. Heliodora, ó Síquis, viviría en mi planeta mucho más retirada. La luz de mi anillo presta un encanto maravilloso á mis valles; y tengo uno para mí lo más poéticamente delicioso que puede pensarse. Yo se le cedería á esa muchacha sin dificultad.

PLUTON. Vaya, padre, si tú la quieres mejor es que se la lleve Cupido.

SAT. Hijo, aplícate á tí mismo la observacion.

ESCENA VIII.

VÉNUS, SATURNO, PLUTON, NINFAS.

VENUS. Pluton, aguarda. Atiéndeme y perdóname que no te haya recibido como mereces.

SAT. Algo te va á pedir.

VENUS. Sí: la lámpara de la muerte otra vez.

PLUTON. ¿Para qué la necesitas?

VENUS. Para apoderarme nuevamente de mi fugitiva rival.

SAT. ¿Con qué objeto?

VENUS. Con el de libertar á mi hijo de su horrible dolencia. Esculapio me ha dicho, por fin, el único remedio con que la llaga de Cupido puede curarse.

PLUTON. ¿Cuál es?

VENUS. El taimado corazon de Heliodora. Mi hijo lo sabía, y más ha querido padecer él sin término, que ponérsele á la vida breve de la que amó para su desgracia. Él ha salvado de mi rigor á Heliodora y no ha querido salvarse á sí.

SAT. Ha obrado como corresponde al Amor.

PLUTON. Tú ya careces de derecho contra Heliodora, una vez que se casa con un mortal.

VENUS. Eso es decir...

SAT. Que mi hijo te rehusa la lámpara. (Váse.)

PLUTON. Mira si puedes apoderarte de Heliodora por otro medio. (Váse.)

VENUS. Espera, óyeme, Pluton!

ESCENA IX.

TELEFRON vuelto á su ser, VÉNUS y NINFAS.

TELEF. Déjale, señora, déjale ir al cielo, bendito del infierno: lo que él te niega yo te lo proporciono! Ay! mis costillas! ¡Ay!

VENUS. ¿Qué hay?

TELEF. Causa para infinitos ayes. Tú has dicho, estas han hecho... y á mí me han deshecho.

VENUS. ¡Cómo!

TELEF. Á zurriagazos! Los que tú recetaste variaron de rumbo, supongo que por manipulacion de Aristeo, y han recaido en mi jorobada persona. Tus Ninfas me han tundido el lomo con mano pródiga, figurándose que zarandeaban á tu cautiva: eso es lo primero que hay. ¡Ay! ¡ay! Luégo me sacaron á la vergüenza; luégo dió conmigo Esculapio, que me curó repentina y prodigiosamente, dándome á oler un átomo de sánalo-todo,

pero los prodigios atropellados no salen bien. Esculapio sostiene que estoy lo mismo, lo mismo que ántes de la azotina, y á mí me duele el espinazo lo mismo, lo mismo, lo mismo que en el acto de recibirla. Permíteme siquiera un ay! un ay! muy largo! ¡Ay! ay! ay! ay!

VENUS. Pero todo eso...

TELEF. Es el preámbulo de lo que te importa. He sabido por el susodicho padre Esculapio, que para curar á tu hijo era necesario sacrificar á Heliodora!

VENUS. Cierto!

TELEF. Yo, como he perdido por ella un reino, y he recibido en cambio una zuribanda soberbia, tengo con Heliodora coraje atroz, en virtud del cual he discurrido un medio para traértela en volandas aquí.

VENUS. ¿De qué manera?

TELEF. De una muy fácil. Los dioses celebran hoy sesion extraordinaria en el cielo, al cual se dirigen desde todos los puntos de la tierra y las aguas. Éolo, el dios de los vientos, iba á la junta con Esculapio... Llamé aparte á su divinidad Eólia, y le dije: Númen airoso, tú pudieras hacer un gran favor á Vénus, que te lo agradecería muy bien. «Con mucho gusto», contestó muy soplado: «Á la hermosura no le debe faltar el viento.» Pues manda á tus aquilones y vendabales, continué, que publiquen este pregon por todos los pueblos del orbe terráqueo: «Preséntese á Vénus la princesa Heliodora, ó la isla de Creta será destruida por una borrasca.» ¿Comprendes la idea? En sintiendo tu prófuga el resoplido de la amenaza la tienes en Chipre.

VENUS. Y Éolo ¿se encargó...

TELEF. De traerla franca de porte, y si no, de vaciar todo el Mediterráneo encima de Creta.

VENUS. ¿Crees tú que Heliodora será capaz...

TELEF. De sacrificarse por su pueblo? Toma, y con gusto. Aprensiones de gente vana, de que se debe sacar partido. Ya que gustan de lo sublime, que se ejerciten en el género. ¡Ay! ay! ay! Reniego del doctor Esculapio, que

me da por bueno cuando no puedo tenerme en pié. Voy á ver si hallo un facultativo de ménos ciencia que me libre de este dolor.

ESCENA X.

DICHOS, LA MUERTE, ESPECTROS.

MUERTE. Aquí está la muerte, que libra de todos.

TELEF. Pues hazme el favor de privarme de tu presencia.

VENUS. ¿La muerte en mi alcázar!
(Música en la orquesta.)

MUERTE.
La Muerte con piés iguales,
que al hombre vuelven ceniza,
huella la choza pajiza,
y los palacios reales.
Tus dias están cabales.
Fuiste vil perseguidor
de la virtud y el amor;
¡el Érebo te confunda!

TELEF.
¡Gori gori tras la tunda!
se ha lucido mi doctor! (Se hunde.)

VENUS. ¿Qué aguardas aquí ya?

MUERTE. Otra más noble víctima; esa que viene.

VENUS. ¡Heliodara!

ESCENA XI.

DICHOS y HELIODORA.

HELIOD. Sí, Vénus, yo soy. La esclava fugitiva vuelve á tu alcázar, para besar la mano que la oprimió. Al huir con Aristeo, ví que los tormentos que sufre tu hijo traen angustiado al mundo, porque la dulce simpatía de amor á todo se extiende. Las ninfas de los bosques y de las ondas, los hombres, las aves, las fieras, cuanto

goza vida en la naturaleza, me ha dicho que el Amor padece por mí, y que yo sola puedo hacer que cesen sus padecimientos. Van á cesar; yo, que pudiera librarme con el favor de Astrea, te ofrezco mi vida.

VENUS. ¿Tu vida? ¿Tu vida por mi hijo? ¿Has oido el pregon?

HELIOD. ¿Qué pregon?

ESCENA XII.

DICHOS y ARISTEO.

ARISTEO. Yo acabo de oirlo. Es éste. Preséntese Heliodora en Chipre, ó Creta será sumergida. Ya es mayor tu gloria, princesa; tu muerte libra tambien del exterminio á tu pueblo.

HELIOD. ¡Muero por mi amante y mi patria! ¡Oh! no es esto morir, es vivir para siempre.

VENUS. Heliodora, tan noble rasgo te justifica, te reconcilia conmigo. Vénus te admira, Vénus, ruborizada en presencia tuya, confiesa que tú merecías dignamente ser hija de Vénus.

MUERTE. El destino que puede más que tú no lo ha dispuesto asi.

VENUS. Yo voy á implorar su indulgencia.

MUERTE. Es inexorable! nada obtendrás; tú has querido para Heliodora esa muerte que ya te horroriza!

VENUS. He sido injusta!

MUERTE. Por eso te castiga el destino, satisfaciendo tu inícuo deseo. Siempre se padece cuando se comete injusticia.

VENUS. No cometerás á lo ménos la de impedir que dulcifique los postreros instantes de esta infeliz. (Á Heliodora.) Entra en mi cámara; á mi cabecera hallarás la copa del sueño; el licor que da limitado reposo á los dioses da perpétuo descanso á las criaturas humanas. Bebe, y tu alma volará sin esfuerzo á la mansion de los espíritus sin mancilla.

MUERTE. Beba pues: de mi mano recibirá la copa. (Váse.)

HELIOD. Aristeo, consuela á mi padre y hereda su reino. Guiadme vosotros. (Á los Espectros.) Ven tú á recoger el adios último para mi padre. (Á Aristeo y se van.)

ESCENA XIII.

VÉNUS y NINFAS.

VENUS. Camina al sacrificio como pudiera ir una deidad á su desposorio. No perecerá el nombre de la valerosa doncella; yo transformaré su cuerpo en una constelacion celeste! Vístase de dolor el alcázar de Vénus! Enlútense mis Ninfas! Yo misma quiero llevar luto por una mortal. Á favor de vista de diosa, veo que penetra en mi estancia, se coloca en mi silla frente á la estátua de mi hijo... pide la copa, se la lleva la Muerte y huye... se levanta Heliodora con la copa en la diestra... con la izquierda se cubre los ojos... ¡Oh! tambien yo necesito cubrir los mios!

ESCENA XIV.

DICHAS y HELIODORA, dentro.

MUSICA.

HELIOD. Tierno amor, si en tu pecho divino
devorante ponzoña vertí,
cierre y sane tu herida la muerte,
que á mi seno desciende por tí.
Acuérdate de mí!

VENUS. Negras nubes la estancia invadieron.
Lo que pasa me ocultan allí...
Heliodora, Cupido te ama;
yo te lloro por él y por mí:
tarde te conocí.

CORO DE NINFAS. Dulces ecos en torno resuenan;
rosas llueven del alto cenit:
de alegría parece que gimen
el vergel y la esfera sutil!
¿Quién nos confunde así?

ESCENA XV.

DICHAS y ARISTEO.

ARISTEO. Justo el destino
vuelve por sí.
VENUS y CORO. ¿Qué es de Heliodora?
Dí, pronto, dí?
ARISTEO. Ya es diosa, y al cielo
voló desde aquí.
VENUS y CORO. ¿Es diosa Heliodora?
ARISTEO. Sí, sí.
Un dios llenó tu copa
de néctar celestial,
y en vez de muerte, á Síquis
le dió inmortalidad.
La llaga que produjo
la lámpara fatal,
sanó con dulce beso
la nueva diosa ya.
VENUS. Mi odio tambien sanó:
soy madre, no rival.
Quiero á mis hijos ver;
quiero abrazarlos... ¡Ah!

(Aparece el Olimpo y en él el coro de los dioses. Cupido y Heliodora divinizada, con alas de mariposa, se dan la mano ante el altar de himeneo.)

ESCENA XVI.

CUPIDO, HELIODORA, VÉNUS, ARISTEO, NINFAS, CORO DE DIOSAS.

CORO DE DIOSAS. De Síquis la virtud
el cielo coronó:
por ella sube á ser
esposa del Amor.

—

VENUS y LAS NINFAS. ¡Honor á la mujer
que es de la tierra honor,
y hoy con divino ser,
esposa del Amor!

FIN DE LA ARZUELA.

El que ha tenido la honra de poner esta obra en escena, se cree obligado á consignar, que tanto las señoras Baeza y Rodriguez como el señor Banquells, al encargarse de sus papeles, han rendido un justo tributo de respeto y admiracion á la memoria del patriarca de nuestra escena contemporánea, conducta que espera sea imitada por los artistas que ocupan sus puestos en los teatros de provincias. Y ya que tiene la pluma en la mano, no puede por menos de dar las gracias á cuantos en la obra han tomado parte por el cariño y acierto con que lo han hecho.

La señora Cortés, que ha unido su nombre para siempre al del inmortal autor en *Los Amantes de Teruel*, al crear la divina Heliodora; la señorita Gonzalez, que no ha dejado nada que desear en el difícil desempeño de su celosa rival, la hija de los mares, y la simpática Nadal, que ha dado vida al mismo Amor, se han hecho acreedoras á los aplausos con que una y otra noche las ha premiado el público en tan difíciles papeles. Tambien alcanzan estos plácemes á los señores Ferrer y Tormo que han sabido hacerse dignos intérpretes de la obra póstuma del que más ha honrado el teatro moderno y restauró el gusto de nuestro público, restableciendo en toda su pureza nuestras joyas del antiguo.

Réstame hablar del maestro y la empresa. El primero, con su inspirada creacion, se ha hecho digno una vez más del puesto que supo conquistarse desde el momento en que el público oyó sus primeras melodías, y que en esta ocasion tan solemne ha interpretado de una manera superior á todo envanecimiento las ideas del cantor del Amor.

La segunda, al no perdonar medios para presentar en escena la obra, se ha grangeado la consideracion y ca[illegible] de todos los amantes del arte, que la saludan con regocijo po[illegible] establecimiento en esta córte, en donde está llamada á realizar la restauracion del un tanto decaido teatro lírico.

TÍTULOS.	Actos.	AUTORES.	Prop. que corresponde
ZARZUELAS.			
ıanteuse par amour	1	Sres. Paul y Cenrión	M.
ɔn paz y ventura	1	Navarro y Nieto	L. y M.
gran artista	1	Cuartero y Ferrer	L.
ıoise et Abelard	1	D. H. Litolff	M.
cachucha	1	Sres. R. L. P. de Guzman y C. Mangiagalli	L. y M.
mejor venganza	1	Sres. Ruesga, Prieto, y Espino	½ L. y ½ M.
ɔhamor du primtems	1	D. Robert Planquette	M.
eunesse de Beranger	1	Robert Planquette	M.
aint Nicolás!	1	D. Robert Planquette	M.
chevalier Gaston	1	Sres. Veron y Planquette	L. y M.
s Rendez vous galants	1	D. Robert Planquette	M.
emnon	1	C. Grisart	M.
aille d'avoine	1	Robert Planquette	M.
ñoritas de Conil	1	R. L. P. de Guzman	L.
mour et son carquois	2	Ch. Lecocq	M.
rinda	3	J. J. Jimenez Delgado	L.
liodora ó el amor enamorado	3	J. E. Hartzenbusch	L.
Boite de Pandore	3	H. Litolff	M.
noces de Fernande	3	Louis Deffes	M.
voltigeurs de la 32me	3	Sres. Gondinet, Duval y Planquette	L. y M.
niche	3	Marius Bouliard	M.
a fiancée du roi de Gar	4	H. Litolff	M.

Por convenio hecho en París el 22 de Setiembre de 1879 con el Agente general de la *Sociedad de Autores, Compositores y Editores de Música* franceses, somos los únicos representantes en España, Portugal y sus colonias, de la citada Sociedad.



PUNTOS DE VENTA.

MADRID.

En las librerías de los *Sres. Viuda é Hijos de Cuesta*, calle de Carretas, núm. 9; de *D. Fernando Fé*, Carrera de San Jerónimo, núm. 2; de *D. M. Murillo*, calle de Alcalá, núm. 7, y de *D. Manuel Rosado*, Puerta del Sol, núm. 9.

PROVINCIAS Y ULTRAMAR.

En casa de los Corresponsales de esta Galería.

PORTUGAL.

Agencia de *D. Miguel Mora*, Rua do Arsenal, número 94.—Lisboa.

FRANCIA.

Mr. Louis Bathlot, editor de Música, Rue de l'Echiquier, 39, Paris

Librería de *Mr. E. Denné*.—15, Rue Monsigny, Paris.

ALEMANIA.

Dr. Eduard Engel, Rédacteur du «*Magazin für die Literatur des Auslandes*,»—35, Königin Augusta Strasse,—Berlin W.

Mr. Wilhelm Friedrich, editeur, Leipzig.

Pueden tambien hacerse los pedidos de ejemplares directamente á los EDITORES, acompañando su importe en sellos de franqueo ó libranzas, sin cuyo requisito no serán servidos.